

la pelusilla de mi negro lomo;
y viva luz despiden,
como el astro en las sienas del poeta,
en mi frente engarzados tres rubies.

EL LEON

Inmóvil, soñoliento, amodorrado,
tras las barras de hierro,
un enorme león, rey destronado,
tendido estaba en el angosto encierro;
respiración tardía
el vientre, acompasado, le movía.
Medio cerrada la pupila ardiente
por el párpado obscuro,
quizás imaginaba vagamente
el bosque inmenso, el antro bien seguro,
el desierto sin lindes, que al sol arde,
las fuentes claras bajo el cielo puro.

La multitud curiosa, aunque cobarde,
de pie quisiera verlo, enfurecido,
desesperado, con gallardo alarde
lanzar su indignación en un rugido.

Y exclamaba enojada:

«¿Esa es la horrible fiera no domada?
¿Ese el rey de las libicas arenas?
¿Y un charlatán le palpa la quijada,
y hunde la mano vil en sus melenas?
¡Que se levante, y luzca su figura!»
Entonces el guardián le dice: «¡Arriba!»
y con pértiga dura

su perezoso despertar aviva.

El enorme león se ha levantado;
mira al guardián tranquilo y sin cuidado;
si hombre fuera, dijérase: «¡Qué necio!»
Bostezo—es la expresión de su desprecio,—
y se tiende después del otro lado.
Porque sabe el león y toma en cuenta,
que el domador odioso le atormenta
cobarde, impunemente;
que toda rebelión será entrenada;
que es su fuerza impotente;
que él, sin la libertad, no vale nada.

GABRIEL VICAIRE

JUANA

La campesina Juana, con su abuela,
cuando el día despunta, aún macilento,
hacia la Feria va, feliz mozueta,
á horcajadas montada en su jumento.

Cumplió—¡dichosa edad!—diez y ocho abrilés,
y arde en sus ojos malicioso rayo;
rebullen ya sus ansias juveniles,
como pez en el río al brillar Mayo.

Nadie escuchó jamás con mayor gozo
anécdotas de amor regocijadas,
que refiere, flechándola, algún mozo
cuando el cáñamo carda en las veladas.

Bajo los velos cándidos, no brilla
de una monja la faz más fresca y pura;
como un melocotón es su mejilla,
como un melocotón que el sol madura.

El rucio, alborozado, va corriendo,
orgullosos del peso dulce y blando,
las orejas larguísimas irguiendo,
las velludas narices ensanchando.

¡Hi-ho! ¡Hi-ho!... Sin aguijón ni azote
cruza el llano veloz, sube la cuesta;
no para nunca el cochinerito trote.....
¡Hi-ho! ¡Hi-ho! ¡Hi-ho!!! ¡Sublime orquesta!

Juana, la pierna torneada y fina
deja entrever bajo la limpia enagua,

y nadie sus contornos adivina
sin que la boca se le llene de agua.

*
* *

La hora llegó del despertar. Entona
diana marcial el gallo vigilante,
y abren la puerta, en la campestre zona,
las granjas á la luz del sol levante.

Pesados carromatos traquetean
por el largo camino; ágiles potros
galopan, y al pasar caracolean.
Van hacia la ciudad unos y otros.

Tras el cordero tímido, que arroja
á cada paso trémulos balidos,
va el viejo chivo de la barba roja,
que enarbola sus cuernos retorcidos.

Después, la cabra indómita y bravía,
que á todo matorral hincale el diente;
la gruñona marrana con su cría,
el becerro, que trisca alegremente.

Vienen detrás, en grupos numerosos,
toscos gañanes, rudos zagalones,
tostado el rostro estúpido, nudosos
y recios, en su diestra, los bastones.

Al ver pasar á Juana, embelesado
el rostro, donde el júbilo retoza,
alguno de ellos quédase embobado
y dice en su interior: «¡Vaya una moza!»

Con los dedos, la abuela hace su cuenta,
lucros sumando con tenaz ahinco.
—«Sube el trigo: ¡buen año se presenta!
Uno más uno, dos; más dos, son cinco!»

«¿Y el cochino? ¡El cochino está redondo!
El venderlo será cosa sencilla.
Vale su peso en plata. ¡Y yo respondo
que lo saco!... ¡Qué dices tú, chiquilla!»

Nada contesta la aturdida Juana.
¿En qué piensa la niña caprichosa?
¿En un collar con cruz de filigrana?
¿En algún lazo de color de rosa?

¡Cuánta agradable tentación recela!
¡Cuánta cosa verá nueva y bonita!
¡Ah! Si quisiera la señora abuela,
la tomaran por una señorita!

*
* *

Aquellos á caballo, y á pie aquestos,
la rural tropa sin cesar avanza;
azul, entre los álamos enhiestos,
se adivina el Saona en lontananza.

Juana, nerviosa y súbita, detiene
el fiel jumento, y piensa:—«De seguro,
Juan por aquella senda hacia mí viene;
mirándome estará tras de aquel muro.»

Le arde el rostro; la tersa pañoleta
mueve el pecho ondulante. ¡No me engaño!
Os digo, en puridad, sin ser profeta,
que se hablará de boda antes de un año.